

vo los monarcas; polvo el rico y el pobre: ¡el hombre, cualquiera que sea su dignidad ó gerarquía, es pobre, es miserable, es polvo, es nada!!! (1). Huye, pues, de nuestra presencia, soberbia del demonio, confúndete á nuestra vista, vanidad del mundo. Del hombre solo quedan las obras, las buenas que se premian en el cielo, las malas que se penan en el infierno.

Maraviloso es que los cristianos se olviden con tanta facilidad de una verdad tan importante, y que mil objetos diversos nos ponen delante de nuestra vista. A cada instante hiere nuestros oidos el tañido de la campana, que nos anuncia que uno de nuestros hermanos ha sido borrado del libro de la vida y que su cadáver es conducido al sepulcro; nos recuerda nuestro fin: nuestros mas usuales alimentos son despojos de la muerte, que no solo arrebatá al hombre, sino á todo lo que tiene vida. Las mismas telas que cubren nuestra carne, despojos son tambien de la muerte. Todo cuanto nos rodea parece que conspira á recordarnos la nada de la existencia; y sin salir del recinto de este santuario, este púlpito, esas bóvedas, esas imágenes, todo nos recuerdan manos que edificaron y que se han convertido en polvo. Oid, pues, cristianos á la Iglesia que amorosamente nos recuerda el fin de nuestra existencia, y lejos de dormir tranquilos en el pecado, procuremos prepararnos para conseguir la muerte del justo que es preciosa á los divinos ojos (2). ¿No habeis observado que cuando una ciudad está sitiada por enemigos, nadie se entrega al sueño y al descanso por temor de ser sorprendido y perder la

(1) Tu es miser, et miserabilis, et pauper, et cæcus, et nullus. Apoc. cap. III, v. 17.

(2) Pretiosa in conspectu Domini mors sanctorum ejus. Ps. CXV, versículo 13.

vida? ¿Y es por ventura mas interesante la vida del cuerpo que la del alma? ¿Cómo, pues, nos dormimos tranquilos cuando siempre la tenemos sitiada por las pasiones? ¿Cómo es que sabiendo que hemos de morir y ser juzgados somos tan poco observadores de las máximas que nos prescribe la santa moral del Evangelio? Porque aunque lo sabemos lo olvidamos con facilidad. La muerte del pecador es pécima á los ojos de Dios (1). ¿Quereis evitarla? Traed de continuo á la memoria el pensamiento de la muerte, y su recuerdo os dará ánimo y fuerza para vencer los afectos desordenados, para apartar de vuestro corazon las pasiones, los vicios, la concupiscencia de la carne, para vencer el orgullo, la vanidad y el espíritu de soberbia. Recordad que Dios es misericordioso, pero no olvidar que es justiciero. El mundo tratará de seduciros: el enemigo de nuestras almas procurará no perder ocasion para aprisionaros en las terribles cadenas de su ominosa esclavitud; pero cuando os veais cercados de la tentacion; traed á la memoria el pensamiento de la muerte: recordad la brevedad de vuestros dias y que cuando menos penseis comparecereis ante el tribunal de la justicia divina, y pronto vencereis la tentacion: os deslumbrará el falso oropel de las grandezas: ante vuestra vista vereis brillar la seductora decoracion del mundo que os brinda con sus halagos: no temais, recordad que sois polvo y que en polvo os habeis de convertir: comparad lo pasajero de las cosas del mundo con la duracion de la eternidad, y viendo que aquello es menos, infinitamente menos que un punto imperceptible, no os determinareis á servir á un dueño tan miserable.

(1) Mors peccatorum pessima. Ps. XXXIII, v. 22.

La vida del hombre no es otra cosa que un corto tránsito para otra vida mas duradera. El mundo no es nuestra patria, porque el cielo es la ciudad donde debemos habitar. Jesucristo nos la conquistó con su preciosa sangre. Yo considero al hombre como un viajero que camina para su pais natal. Los viajes siempre ocasionan incomodidades, pero el viajero que desea con ansia llegar al término de su partida, sufre gustoso la falta de sueño, la escasez ó mala condicion de los alimentos, los ardores del sol y otras veces lo escesivo del frio, pues que todo se lo recompensará el placer de verse en los brazos de unos padres á quien ama, ó de una tierna esposa de la que se ha visto separado por largo tiempo. Nosotros caminamos por el mundo, y en el cielo adonde debemos dirigirnos nos espera un Padre amante que es nuestro Dios, y una Madre cariñosa que es la Santísima Virgen María. Para conseguir tanto bien; para llegar á tomar posesion de nuestra patria, ¿nos parecerán escesivos los trabajos del viaje? Para llegar á nuestro destino hay que atravesar un golfo terrible, que ciertamente sumerge á muchos bajo sus aguas: hablo de las pasiones, hablo de la seduccion del mundo, de los halagos de la sociedad. Empero ¿deberemos temer? De ningun modo, puesto que ó estamos ciegos ó no podremos menos de ver el hermoso puente que el que nos llama á sí nos ha formado, y por el cual podremos pasar sin temor á las cenagosas y hediondas aguas de la maldad. Los Santos Sacramentos que ha instituido Jesucristo, la mortificacion de las pasiones, el ayuno, la penitencia, ved aquí, hermanos míos, los materiales de que se compone el puente por el que debemos pasar. Esto lo sabe el cristiano, y sin embargo ca-

mina tranquilo por una senda que no es la trazada por el Evangelio. Es necesario hacer penitencia; es necesario vivir en pureza y santidad; es en suma necesario recordar que somos polvo y que en polvo hemos de convertirnos. *Memento homo, quid pulvis es, et in pulverem reverteris.* ¡ Ah! ; Qué pensamiento mas á propósito para convertirnos á Dios! El pensamiento de la muerte pobló los desiertos, condujo millares de inocentes jóvenes al cláustro, é hizo desprenderse de sus riquezas á muchos que habiendo vivido en el olvido de Dios le buscaron despues por el abatimiento y la penitencia.

Todo tiempo es á propósito para que el hombre entre dentro de sí mismo, reconozca sus pecados, y llorándolos con amargura implore de Dios el perdon; pero entramos hoy en unos dias santificados por la religion, dias en que la Iglesia habiendo suspendido sus alegres *aleluyas*, reúne alrededor del altar y bajo de las bóvedas del santuario á sus hijos, para prepararlos al solemne aniversario de la Pasion y muerte de nuestro amabilísimo Redentor: por eso dedica la santa Cuaresma á enseñarnos las virtudes cristianas; por eso nos exhorta al ayuno y á la penitencia, á la mortificacion y al cilicio, á la práctica en fin de las buenas obras, y empieza su mision divina recordándonos nuestra pequeñez y miseria, nuestra pobreza y nuestra nada. Este es el tiempo aceptable, estos son los dias de salud (1). Procuremos aprovecharnos de ellos y santificar nuestras almas: busquemos á nuestro Dios por medio de buenas obras, y no vanas escusas sirvan para hacernos desobedecer la voz de la Iglesia, que nos llama al ayuno y á la penitencia. No

(1) *Ecce nunc tempus acceptabile, ecce nunc dies salutis.* II ad Cor, cap. VI, v. 2.

trateis de escusaros de vuestros deberes cristianos: huid tanto del escándalo como de la hipocresía. Cuando ayuneis, nos dice el Evangelio de este día, no os manifesteis tristes como los hipócritas, que desfiguran sus rostros para hacer ver á los hombres que ayunan, en lo que únicamente reciben su galardón. Tú, por el contrario lava tu rostro y unge tu cabeza, para que solo á Dios sea conocido tu ayuno, y de Dios recibirás tu galardón (1).

¡Oh moral siempre sublime del Evangelio! ¡Oh Iglesia santa, por cuántos medios procuras la salvación de tus hijos! Admirad, señores, su maternal cariño. Después que imponiendo la ceniza sobre nuestras cabezas, nos ha recordado nuestro origen y fin, nos dirige sublimes lecciones en el trozo del Evangelio de San Mateo que hemos oído de labios del sagrado Levita. En él se nos dan primero las reglas del ayuno que debemos practicar en la Santa Cuaresma á que hoy damos principio, y después queriendo despegar nuestros corazones de las cosas terrenas, nos hace fijar nuestra vista en el cielo, diciéndonos que allí, en aquel lugar de seguridad donde no reina la maldad, es donde debemos ocultar nuestros tesoros. Sí, hombres de la tierra, hombres avaros que habeis pasado una vida de miserias por juntar inmensas riquezas, volved en vosotros mismos y no seais insensatos; no atesoreis para vosotros tesoros en la tierra donde la polilla los consume, y en donde los ladrones los desentierran y roban. Atesorad para vosotros tesoros en el cielo, en donde ni los consume la polilla, y á donde no están espues-

(1) Tu autem cum jejunas, unge caput tuum, et faciem tuam lava. Math. cap. VI, v. 17.

tos á la codicia de los ladrones (1). ¿Y de qué modo atesorar podremos en el cielo? Es muy fácil: desprended de esos bienes, en quien teneis vuestro corazón y que habeis de abandonar muy en breve á vuestro pesar. Socorred las necesidades de vuestros prójimos; dad limosnas y no dudeis que cuanto hagais en favor del pobre, serán obras que en el cielo irán formando un tesoro que no acaba, un tesoro con el que si bien no podreis comprar galas mundanas, adquirireis sin duda la posesión de un palacio hermoso y deleitable en sumo grado, que es la gloria.

Plegue á Dios, amados de mi corazón, que así lo hagais, y que os animeis á practicar el bien por el recuerdo de la muerte. Plegue á Dios daros docilidad para escuchar la doctrina que se os ha de administrar en esta Santa Cuaresma, para que guiados por ella consigais una muerte tranquila, muerte que sea preciosa á los ojos de Dios. Tenemos que morir; esto es infalible: no sabemos el día ni la hora; puede ser que sea cuando lleguemos á la ancianidad; pero también puede ser en este mismo año, en esta misma Cuaresma, en esta misma hora. Si, pues, la muerte puede sorprendernos cuando menos lo pensemos, empecemos á prepararnos desde este instante. Como sea nuestra vida así será nuestra muerte. Una vida de pecado conduce á una muerte desgraciada, una vida santa á una muerte preciosa: y así como de la vida pende la muerte, del mismo modo, dice San Bernardo, de la muerte pende la eternidad. ¿Qué partido tomareis? ¿Cuál será vuestra resolución? ¡Ah! que ya compren-

(1) Math. cap. VI. v. 20.

do que quereis salvaros, optando por la muerte del justo. Es natural, pues sois cristianos. Para conseguirlo, para que se efectúe en vosotros una conversión verdadera, tened presente siempre la muerte y decíos á vosotros mismos con frecuencia lo que la Iglesia os ha dicho en este dia. Acuérdate hombre, que eres polvo y que en polvo te has de convertir. *Memento homo, quia pulvis es, et in pulverem reverteris. Amen.*

SERMON

PARA EL VIERNES DESPUES DE CENIZA.

El precepto de amar á los enemigos, que no es de difícil observancia, como algunos suponen, no solo es benéfico para nosotros, sino utilísimo y de positivas ventajas para la sociedad.

Diligite inimicos vestros: benefacite his qui oderunt vos: et orate pro persequentibus, et calumniantibus vos.

Amad á vuestros enemigos: haced bien á los que os aborrecen, y rogad por los que os persiguen y calumnian.

Math. cap. V, v. 44.

Para apreciar debidamente el gran beneficio que dispensara Jesucristo á los hombres con el precepto del amor á los enemigos, necesario se hace que subamos hasta aquellos dias desventurados en que el mundo estaba sepultado en las tinieblas de los mas crasos errores: necesario es que fijemos nuestra vista en aquellos tiempos en que fuera del pueblo judío en ninguna parte era conocido ni adorado el verdadero Dios. Todas las ideas se hallaban confundidas: la razon parece que habia huido de los hombres, y en cada pueblo, en ca-